

ni en «La Madre», ni en «Las Tinieblas». Ni Dreiser en «El Financiero», ni Hupton Sinclair en «Petróleo». El conflicto individual y mezquino de otro tiempo, se enriquece o se convierte en conflicto múltiple y universal».—LAUTARO YANKAS.



<https://doi.org/10.29393/At173-238DPCT10238>

CASA CON TRES PATIOS.—Novela de *Guillermo Koenenkampf*.  
Zig-Zag.

Guillermo Koenenkampf Cisternas, que se ha hecho un nombre respetable en nuestra literatura con sus versos y sus cuentos, ha abordado hoy el género novelesco, mostrando así una variedad y riqueza de aptitudes poco frecuente entre nosotros, donde se cree en las especializaciones literarias y se cae generalmente en la reiteración de una misma modalidad.

Koenenkampf es descendiente de alemán y de chilena, y no habrá de parecerle mal que nos tratemos de explicar sus condiciones apelando a los antecedentes raciales, ya que los alemanes son los campeones del racismo. La emoción recóndita, la intensa sentimentalidad, la visión un tanto sombría y vaga de la realidad, la indomable energía del carácter, una fuerte inclinación introspectiva y subjetiva, que proyecta la luz de la inteligencia hacia adentro y mantiene al espíritu en un orgulloso aislamiento de las circunstancias, son características en que se acusa al ancestro germano. El aporte nativo a su psicología se hace presente en su amor al terruño, el paisaje y los tipos de Aconcagua; en la inclinación a la melancolía que llega a veces al fatalismo. En su amor a las cosas pequeñas y culto de los detalles, triunfa la objetividad latina sobre el trascendentalismo sajón; su pesimismo, lleno de lucidez y energía, es un curioso resultado de la voluntad y la filosofía teutonas injertadas en el fatalismo criollo; su respeto supersticioso por la tradición filológica y la

minucia gramatical es un rasgo de la mentalidad formalista y jurista del antepasado godo.

Este acervo complejo y un tanto contradictorio de cualidades hace de la literatura de Koenenkampf un conjunto inconfundible. Tal vez no ha logrado aun el autor fusionar en un haz homogéneo su patrimonio antagónico, lo que sin duda conseguirá cuando reuna en una filosofía integral de la vida los elementos psicológicos raciales que contribuyen a su formación. Cuando desde una cima lúcida observe las corrientes espirituales que a través de la historia confluyen en su personalidad. Si el alma de cada individuo está formada de una multitud de armas superpuestas: alma de su raza, de su familia, de su grupo, este conflicto de fuerzas violentas es mucho mayor para el mestizo de europeo nórdico y de criollo sudamericano. Conjunción forzada de elementos mal avenidos, la infancia y la adolescencia de un mestizo de esta especie son atormentadas, incoherentes y dispersas. Es evidente que este drama interior no logra quietarse hasta que la cultura permite comprender su verdadero origen y la voluntad, disciplinada y entrenada en el duro choque con la vida, toma el timón y se hace responsable del propio destino.

A este conflicto de fuerzas interiores se añade para el niño y adolescente que observamos, la franca hostilidad del ambiente. El es un producto extraño, anómalo, en el medio en que le toca vivir. Semilla transportada por vientos de tempestad a latitudes exóticas, viene a despertar a la vida en un mundo donde todo le es inadecuado, cuando no francamente contrario y hostil. La naturaleza, los factores telúricos del hemisferio, las costumbres, creencias, todo el ritmo vital del contorno humano, presentan resistencia al germen de otro ambiente y otra cultura, que trata de injertarse en el medio extraño. Muchas veces el injerto no prende. La muerte prematura o el fracaso definitivo suelen ser el precio de estos contubernios raciales, de estas hibridaciones hechas por el acaso, urgidas por la necesidad, sin consideración a las leyes hereditarias ni criterio selectivo. Algunas veces el producto exótico logra abrirse paso y entonces pasa a ser un fac-

tor de renovación, un excitador para la inercia colectiva, por la sola virtud de incorporar una fuerza distinta.

Estas son, a nuestro entender, las causas profundas, las energías subterráneas que mueven al niño que es el personaje central de la novela de Koenenkampf, la que está basada en recuerdos de la infancia y tiene sin duda mucho de autobiográfico. El autor ha tenido el buen gusto de no insinuar teoría alguna, de no protestar, ni comunicarnos en confidencias directas sus sentimientos. Le basta con presentar los hechos, tragicamente desnudos, exponerlos en su dramática continuidad, llevando al lector muchas veces a intensos grados de emoción estética y de piedad humana. Esta forma expositiva, puramente narrativa, está impuesta y exigida en este caso por la forma del relato, que es un cuaderno de memorias redactado por un adolescente a base de sus recuerdos de infancia. Cualquiera disquisición de índole más o menos filosófica habría quedado fuera de lugar en boca de un muchacho. Parece también que esta forma de exponer los hechos sin comentarlos, dejando que el lector extraiga su contenido emocional, filosófico y estético, es más ventajosa y apasiona más al que lee, que se siente invitado a colaborar con el autor, a interpretarlo y ampliarlo en su capacidad de resonancia. Siempre hemos pensado que este es el método seguido por el Creador al colocar al hombre frente al universo. No le ha revelado sus planes, pero con la belleza y la complejidad de los fenómenos ha provocado su interés apasionado, ha encendido su curiosidad, y el hombre se ha puesto a descifrar el enigma, tarea en que se han desarrollado sus cualidades. Es claro que si el Creador, el creador de la novela en este caso, no tuviera un orden personal y una filosofía propia de la vida, sólo podría presentarnos un amontonamiento de hechos, un haz de cosas sin sentido. El lector no puede derivar de la lectura más de lo que puso el autor, en forma tácita o expresa.

Algún reparo nos merece el estilo, o más bien cierta modalidad de este que consiste en rectificar o repetir conceptos, vol-



ver a menudo sobre lo andado, fatigando a veces innecesariamente la atención del lector. Hay también una acumulación superflua de circunstancias de un realismo prosaico, que contrasta y resta sugerencias a idilio infantil y poético, envuelto en imprecisas brumas de ensueño, que es el tema central de la novela. Fuera de estas deficiencias, es indudable que el autor ha escrito una pequeña novela de valioso contenido humano, llena de los numerosos problemas e inquietudes con que nuestro ambiente duro y vulgar maltrata el alma del niño inteligente y sensible.—DAVID PERRY B.

NOVENA DE PRIMAVERA, por *Clementina Isabel Azlor*

Seis libros tiene ya publicados esta mujer argentina que hoy nos sorprende con su «Novena de Primavera» (1), y decimos que nos sorprende, no porque su obra anterior, fina y emocionada, no fuera promesa evidente de esta cosecha de ahora, sino porque aparece en pleno dominio de la expresión poética, convertida, sin largos aprendizajes ni balbuceos prolongados, en una figura de firme relieve en la poesía de América.

Su riqueza verbal, la sonoridad de su verso pleno de música y de sugerencias, y cierto panteísmo refrenado que deja asomar, acaso contra su propio deseo, a la mística que hay en ella, hacen de Clementina Isabel Azlor una personalidad con atributos muy suyos, y dan a su canto características bien definidas en este laberinto de escuelas novísimas que enmarañan y ensombrecen el ambiente lírico del Continente.

Lejos de la Storni, la atormentada suicida, y distante, también, de la Ibarbourou, puede decirse que la autora de «Novena de Primavera» ha levantado su tienda en la soledad.

---

(1) Portez Hos. Buenos Aires, 1939.